

cadras sucumbían y los niños enfermaban de muerte.

—¿Y el niño, por qué no veo el niño?

Era la abuela quien hablaba, y la nuera gozosa corrió a buscarlo a la alcoba. Trémulo de angustia el hijo se acercó a la abuela y le dijo al oído:

—¿Trajiste, madre, la higa para el niño? Dámela. Una sola mirada te bastó para marchitar esas flores. Tus ojos tienen un poder fatal. Si has de causarle daño prescinde de ver al niño...

Pero ya la nuera lo traía en sus brazos risueño y gracioso como un ángel. En cuanto la vieja lo miró se puso pálido y rompió a llorar.

—Llévatelo—ordenó el padre temblando de miedo.

—Aun no lo conozco—suplicó la anciana.

—Pues ya se ha puesto blanco como un papel.

—Sería el miedo que me tuvo porque no me conoce.

—Fueron tus ojos, madre.

La nuera se había escondido con el pequeño y el padre cruzado de brazos permanecía en silencio. La pobre abuela sentada en un rincón lloraba murmurando:

—Más felices son que yo las cieguitas que piden limosna por los caminos...

(El Gráfico. Bogotá).

RENE BORGIA

POR MANUEL F. CESTERO

DESDE hace seis años reside en Nueva York un poeta que no se parece a nadie y que vive de modo distinto a todos los seres que le rodean. Poeta por el estro, por la figura y por la nobleza de sus claros ojos.

Lo conocí una tarde de marzo en un café italiano. Bastó una mirada recíproca para que al punto nos estrecháramos las manos y nos diéramos a platicar sobre cosas literarias.

Entre copa y copa, René Borgia recitó sus versos de Caracas y Nueva York. Habló de los últimos libros europeos; de las comedias estrenadas en Broadway y me abrumó con anécdotas y citas de sus artistas predilectos: D' Annunzio, Wilde, Bernard Shaw y Tagore.

Mas de cuatro horas nos estuvimos conversando, y desde esa tarde somos amigos íntimos René Borgia y yo.

Alto, robusto, de largas melenas que le hacen desaparecer las orejas y la nuca, de porte donjuanesco, los hombros un tanto subidos, vésele andar despreocupado por las calles de Nueva York, atento sólo a las mujeres bellas y a las pocas cosas interesantes que suelen encontrarse en esta ciudad monstruo.

Bástale para ser feliz su vasto mundo de sueños, sus cuatro o cinco amigos literatos, con quienes se reúne diariamente, dos o tres pesetas en la bolsa y un libro bajo el brazo.

Vive sin método alguno. Unas veces duerme en un gran hotel y otras en una buhardilla humilde de la calle 23. Viste con elegancia cuando está enamorado, y cuando no, él mismo ignora lo que lleva puesto.

René Borgia ama el arte por encima de todas las cosas, y este mismo grande amor explica sus opiniones alrede-

dor de los problemas que ocupan el cerebro del mundo. Oidle:

—Yo no soy poeta de esta o aquella escuela. Las clasificaciones conspiran contra el arte verdadero. Eso, después de todo, no es negocio de poetas sino de eruditos, y los tales me son sumamente antipáticos. Detesto la República. Soy partidario de la Monarquía. Creo que es la única forma de gobierno lógica. Me seducen las Cortes Reales; las princesas, el lujo, todo lo que salga de la vulgaridad. Además, odio la democracia porque huele mal. No me explico el problema irlandés. Patria no es una bandera ni un código: es un equilibrio de instituciones y la realización común de un mismo ideal. Los irlandeses tienen todo al amparo de la gran liberalidad británica. Y

500 colones

₡ 500

mensualmente regala entre sus clientes la FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de ₡ 50 c/u.

Si el número del ticket de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.

algo más aun: la oportunidad de ser confundidos con los *gentlemen* ingleses.

La Liga de las Naciones sería digna de tomarse en cuenta si la integraran tres o cuatro Emperadores, media docena de Reyes y otros tantos Príncipes. Las Repúblicas son una guasa, hasta esta misma, que es la modelo. La Doctrina Monroe sólo me la explico cuando voy por Broadway y me encuentro con tanta pantorrilla inquietante. ¿Peligro amarillo, peligro negro?... ¡Tonterías! En Nueva York sólo existe un gran peligro: el peligro latino...

Todos los amigos de Borgia le quieren y le admiran. El poeta mexicano José Juan Tablada, dice: «René Borgia es la sal de Nueva York»; Alfonso Guillén Zelaya, el gran poeta místico de Honduras, agrega: «Cuando René Borgia recita sus versos me siento de frac»; José Santos Chocano afirma: «Es un poeta con P mayúscula que tiene un gran porvenir». Tagore le concedió todas las entrevistas que quiso y siempre lo recibió estrechándole las manos, e invitándole a que le sirviera de Secretario en su proyectado viaje a España; pero Borgia odia las secretarías desde que anduvo por las Antillas con Villaespesa. Frank Harris, el íntimo amigo y protector de Oscar Wilde, y su biógrafo más autorizado, le distingue y quiere.

René Borgia termina actualmente un volumen de versos intitulado *La Túnica de Marsyas*. Lo forman 32 poemas. Versos de ayer, de hoy y de mañana, saturados de esa noble exquisitez que es el legado precioso de Rubén.

De todas las escuelas literarias hay una que es eterna, por lo mismo que no es una escuela sino algo constitucional, innato en el individuo, que nace, crece y muere con él: el romanticismo. Ya Rubén lo dijo: «Quien no sea romántico que se ahorque de un pino: será lo mejor». El Simbolismo, el Naturalismo y el Decadentismo no son sino formas caprichosas del Romanticismo, que no es una escuela que data de 1830. Hubo poetas románticos mucho antes. Salomón fué un maestro del Romanticismo y no lo fué menos el más grande lírico de la humanidad: el autor de los Salmos.

Lo que no había entonces era clasificadores que vinieran a encasillar las ideas, a agruparlas y ponerles trabas que sólo sirven para volverse en contra de la misma inspiración de los poetas. Romper estas reglas, mandarlas a paseo, fué la labor de los poetas de 1830.

René Borgia pertenece a la legión de los románticos, pero no a la manera de Becquer y Julio Florez. Es claro! Aquellos pertenecen a épocas distintas y Borgia vive la presente, que no se